



se ve potenciado por el presidencialismo como forma de gobierno y por la tradicional confrontación entre el poder ejecutivo y el legislativo.

El debate es más complejo cuando se trata de los países de América Latina, donde se observa una forma más tradicional de gobierno, con una fuerte influencia de los intereses comerciales y políticos, con lo que se genera una (in)satisfacción con la política de sectores relevantes de la población.

Jorge Galindo | Sociólogo. Columnista en El País y miembro de Politikon.

@JorgeGalindo

Un 57,7% de los latinoamericanos confía en la democracia. En 2010, la cifra superaba el 68%. Sólo un 39,6% se muestra satisfecho con ella. Un porcentaje similar (una minoría, en realidad) considera que sus derechos básicos están protegidos, y que las cortes le pueden garantizar un juicio justo.

Los datos, desvelados este martes 15 por el Barómetro de las Américas, ayudan a entender de dónde surge la inestabilidad en la región. La degradación de la confianza en el sistema

queda del mismo se recrudece. Solo los países con “pasteles” grandes, élites multipolares y desigualdad relativamente menor se salvan: Chile, Costa Rica, Uruguay son los oasis de una región que todavía puede ver más terremotos en los meses que seguirán.

Luis Esteban González Manrique | Redactor jefe de Informe Semanal de Política Exterior.

Es difícil hablar en estos momentos de una inestabilidad generalizada en la región, hoy más fragmentada que nunca, tanto en términos políticos como económicos. Hablar, por ejemplo, de la tasa media de inflación en América Latina incluyendo a Venezuela ya no tiene sentido porque hacerlo arroja un resultado absurdo: una media de más del 50.000% dado que el año pasado la hiperinflación venezolana superó el 1.000.000%, según el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Sin embargo, en Colombia, Perú y Chile ese índice fue inferior al 2,5%. Este año el crecimiento regional será del 0,6% según el FMI, pero esa cifra también está muy distorsionada por la inclusión de Venezuela, cuya economía se ha contraído un 60% desde 2014. Argentina es un caso parecido: la inflación ronda el 60% y la pobreza ha llegado al 36%, pero esa tendencia de deterioro económico sostenido se ha mantenido con todo tipo de gobiernos, desde el del ‘socialismo del siglo XXI’ de Néstor y Cristina Kirchner al neoliberalismo ‘gradualista’ de Mauricio Macri.

En Perú, en cambio, desde 1990 gobiernos de todo signo político han mantenido una línea económica constante cuyos resultados están a la vista de todos: la renta per cápita en 1980 era de 890 dólares. En 1995 subió a 5.000. En 2009, era de 4.200 y en 2017 de 6.541. Entre 1990 y 2018 la pobreza se ha reducido del 61% al 18% debido a que el PIB se ha triplicado desde 1990.

Algo similar ha sucedido en Bolivia y Uruguay con gobiernos de izquierda que han mantenido políticas comerciales abiertas y de fomento al sector privado. Las pymes en Bolivia, por ejemplo, han pasado de unas 60.000 a más de 350.000 desde 2006, cuando Evo Morales llegó al poder. Desde 2000 el mayor crecimiento en la re=9 a

derecha sino entre unos que hacen cosas sensatas y en beneficio del interés general y otros que, como el régimen chavista, asaltan las arcas públicas como si fuera un botín.

bañ

Adorabab d



suman a las necesidades de los que permanecen en la pobreza. Esto ha debilitado aún más la cohesión social y se convierte en una oportunidad para nuevos y viejos populistas, así como para prácticas autoritarias que socaban el maltrecho Estado de Derecho en nombre del orden y la estabilidad, agudizando la polarización política regional.

Francisco Sánchez | Director del Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca

Sí. Han aflorado problemas que habían sido mitigados por el ciclo de abundancia económica del boom y por su correlato político: gobiernos estables que implementaron políticas redistributivas e inversiones. Estos focos que en algunos países tienen carácter coyuntural y otros son constantes, se podrían resumir en, al menos, tres, y pueden ocurrir en contextos en los que la desigualdad puede ser estructural debido a los rezagos de patriarcalismo y racismo de la región.

Dificultades macroeconómicas. Asistimos nuevamente a episodios de déficit fiscal, inflación o endeudamiento, con demandas de ajuste estructural de los organismos que acuden al rescate de países quebrados, como ocurre en Argentina, Ecuador o Venezuela.

Debilidad estatal. Las dificultades de los países para combatir

régimen, a veces con afanes autoritarios.

Esther Solano | Socióloga y Profesora de la Universidad Federal de São Paulo.

Hay múltiples definiciones de democracia, pero todas ellas presuponen unos mínimos sociales para poder existir. El respeto a la vida, condiciones materiales básicas que proporcionen una subsistencia digna, una estructura social equitativa que amplíe el concepto de ciudadanía para todos. Pobreza, violencia, desigualdad y apropiación del Estado por élites son enemigos mortales de la democracia. Amédano aa